
Maestra

Carlos Jovani Moran Esteban

Doctor en Investigación e Innovación Educativa. Docente de educación primaria, secundaria y superior en Tepatitlán de Morelos, Jalisco. jovanimoranes@gmail.com

El término “MAESTRO” popularmente se les adjudica a personas que transmiten algún tipo de enseñanza, que se perciben como un diferenciador social y hasta un ejemplo en lo popular, y que no necesariamente deben tener un título que avale semejante calificativo. Los maestros se muestran como cuidadores, sabios, protectores, compañeros, amigos y ejemplo, y mediante todas estas representaciones, desempeñan papeles diversos, pero que, en esencia, transmiten el amor de enseñar.

Partiendo de esta concepción, me honra poder llamar maestro o maestra a algunas personas que han sido claves en mi vida, mi madre, por ejemplo, una mujer que, a base de esfuerzo y convicción, logró llevar adelante una familia. Como lo mencioné renglones antes, para que te identifiquen como “maestro”, no siempre se necesita un documento que lo compruebe, sin embargo; la vocación de actuar bajo las normas del amor y la bondad te puede dar tal mérito.

La maestra

La maestra con tonos de calidez, amor, paz, desinterés y protección muestra la más pura esencia de la enseñanza, porque el enseñar es desprenderse de una parte de uno mismo, para que se vaya con el otro o con los otros, de por vida, para siempre, en un acto indirecto de la más clara representación de la eternidad. Es por eso que la maestra se puede comparar casi a la par de la imagen de la madre, la cual tiene la misma misión.

Partiendo de mi definición de “la maestra/madre”, me gustaría honrar a quien me honró educándome, amándome sin interés y límite

alguno, a quien me cuidó con el reflejo de su sabiduría y quien me reprendió en aras del amor y la preocupación. Mi mamá, mi maestra.

A estas alturas, tal vez se pudiera suponer que mi madre fue maestra de profesión y que fue ella quien me inculcó el gusto por la docencia, pero no, no fue así. Mi madre Rosa María Esteban Alonso, nacida en Ciudad Guzmán, Jalisco, apenas y pudo terminar la primaria; con carencias, pero con convicción, forjó el carácter más decisivo que al día de hoy conozco. Concibió 4 seres dentro de su vientre (yo, el último de ellos): tres varones y una mujer. Ella me enseñó aún antes de nacer el poder que tiene la perseverancia, el derribar las adversidades y darlo todo por amor. Me enseñó a dar mis primeros pasos, a levantarme si me caía (muy a pesar del dolor o las rodillas raspadas), me enseñó a andar en bicicleta, a vencer el miedo a la oscuridad, a afrontar nuevos retos y que, a pesar de fallar, siempre podría volver a sus brazos y sentirme reconfortado en ese lugar seguro (eso aún es válido en la actualidad).

Toda una maestra en el arte de nunca hacerme sentir o saber las carencias de las alacenas, ella, mi maestra, a la que siempre le dediqué aquellos diplomas de aprovechamiento, desde el primer hasta el sexto grado, a quien siempre esperaba con ilusión que me fuera a ver a los partidos de fútbol o las competencias de atletismo, lamentablemente nunca o tal vez un par de veces (no recuerdo con claridad) pudo asistir a verme, dado que se la pasaba trabajando todo el día y todos los días, y es aquí en donde me dio una de las lecciones más importantes de mi vida, la cual se basa en la omnipresencia, a pesar de que no estaba físicamente, siempre la llevaba en el pensamiento, ansioso de que pasaran las horas para poder llegar a contarle con lujo de detalle todo lo que había sucedido.

Mi maestra... quien me enseñó a contar, con ella, el valor de la familia, a sumar momentos buenos, a restar los malos, a multiplicar los abrazos y las acciones buenas, a dividir lo negativo para que pese más lo positivo, y a fraccionar el corazón para que una parte de uno se la lleve alguien a quien enseñaste y dejaste huella, y precisamente en el cúmulo de todas estas enseñanzas, una vez más reitero que para ser maestro, a veces no hace falta tener un documento que lo avale. En

mi caso, más allá de los profesores que me ayudaron a forjarme en mi desarrollo académico, me gustaría dar gracias a mi maestra, quien hizo hasta lo imposible para que yo pudiera ir a la escuela.

Hoy quiero compartir este homenaje a mi madre, la cual considero como la mejor maestra del mundo, y a su vez a todos los colegas, donde sé a la perfección que no seré el primero, el único o el último en percibir a mi madre/padre como maestra/maestro, por tanto les invito a reconocer el esfuerzo de aquellos que lo dieron todo para que nosotros asistiéramos a clases con nuestros útiles, uniformes y lonche, en la primaria, secundaria, preparatoria y en el gran paso de la universidad, en donde tuvimos que dejar ese plato de comida caliente todos los días a la hora de la comida, para salir a buscar el sueño de la docencia en las Normales, UPN o cualquier otra Universidad, y que cuando nos graduamos, les dedicamos nuestro título para que se cuelgue en la sala como el trofeo que represente su esfuerzo y amor incondicional.

Así, como cuando iniciamos el viaje a nuestro primer centro de trabajo, en donde ellos, nuestros maestros y maestras, iban con nosotros, en nuestros pensamientos, en nuestras maletas, en forma de cartas o en las fotografías en nuestros teléfonos, una vez más comprobando una de sus enseñanzas más grandes (la omnipresencia, van con nosotros siempre), sabiendo que fueron, son y serán los maestros más importantes de nuestras vidas, que los llevaremos hasta el último día.

Por eso y más, Maestra... GRACIAS.